



RELAL

Región Latinoamericana Lasallista

IDENTIDAD E IDENTIDAD NARRATIVA

Hno. Paulo Dullius

Identidad

Identidad significa ser uno mismo. Más, ¿es posible no ser uno mismo? Si el tema aparece es porque sí es posible ser uno mismo, es posible ser dominado tanto por otros al punto que el núcleo personal esté diluido, y es posible mantener un núcleo personal seguro que se mantiene a pesar de los cambios que son introducidos a lo largo de la vida. ¿Por qué ser sí mismo? Cada uno es único y tiene características propias que constituyen su 'mismidad', especialmente su libertad, autonomía, expresión de su interior. Cada característica antropológica tiene una energía y un deseo profundo de realización. No desarrollar estas características significa atrofiar la persona y alienarla, es fallar en el proceso de humanización que se nos confía. Nadie tiene el derecho de vivir sin desarrollarse. Además de atrofiarse, quien abdica de la misión de crecer en su proceso integral nunca encontrará una unidad interior, la cual es un deseo profundo de cada uno de nosotros.

Según Francesco Alberoni, aprendemos por indicación y por identificación. Eso nos coloca ante contenidos diversificados que constituirán nuestra identidad. Somos en gran medida el resultado de nuestras oportunidades elaboradas a partir de nuestro interior que se va configurando progresivamente y siempre, de acuerdo a las experiencias anteriores. Desde niño tiene indicaciones sobre cómo ser y cómo vivir: "haga eso", "no haga aquello". "Eso está muy bien". "Usted debería haber hecho y sido diferente"... Indicaciones directas y/o indirectas indican comportamientos, modos de pensar, de ser, de actuar... Pasamos la vida recibiendo indicaciones. Tenemos más o menos autonomía sobre ellas para decidir lo que sigue. Es que depende de nuestra fuerza y unidad interior y también de la intensidad y poder de coerción de los agentes influenciadores. Si estamos sujetos a recibir permanentes indicaciones, conviene recordar, también, que nosotros nos pasamos la vida indicando algo a los demás. En nuestra misión y vivencia comunitaria damos 'indicaciones'. Se supone la recta intención y un contenido humanizante,

lo cual no siempre es verdadero. Cuanto más débil es la estructura de la persona, más depende de indicaciones externas, y el resultado es una identidad frágil.

Algo semejante se puede decir de la identificación. Tenemos personas, ideas e instituciones con las cuales nos identificamos. La identificación de estas identificaciones obedece a la estructura interna, sea como semejanza, como complementariedad o como realización de los ideales personales. Con todo, estos modelos se nos ofrecen a lo largo de la vida y algunos los escogemos y otros nos los presentan repetidamente. Estos modelos pueden corresponder más o corresponder menos a nuestros ideales como realización, complementación o compensación. De alguna forma nosotros mismos somos identificación para otras personas, y nosotros mismos deseamos ser estas personas con quienes otros se identifican. Siempre conviene evaluar con objetividad el contenido de nuestras elecciones de identificación y también en qué contenido se inspiran otros para identificarse con nosotros. De esta evaluación puede depender una identidad más saludable o menos saludable.

En esta identificación y deseos miramos mucho a lo que está fuera de nosotros: en las personas, en las instituciones... Miramos y deseamos cosas que vemos en el ambiente, en las personas, y muchas de ellas las queremos para nosotros mismos. Algunas son accesibles y otras no. Cuando no lo son nacen las frustraciones, porque hay límites en cuanto a la realización de los deseos y precisamos contar con nuestros límites. Pasamos mucho tiempo comparándonos con los demás, y eso tiene sus repercusiones en la identidad.

La cuestión de la identidad es saber si ella se refiere únicamente a nosotros mismos o se incluyen también los otros. Estamos siempre con los otros, y ellos están dentro de nosotros. Físicamente, podemos percibirnos fuera y separados de los demás. Pero psíquica y espiritualmente, los otros están de alguna forma dentro de nosotros mismos. Investigaciones sobre el inconsciente indican que la realidad vivida y actual de los otros entra en nosotros y de alguna forma nos afecta. Nuestra realidad también entra en los demás y no conseguimos hacer barreras insuperables. Esta cualidad de estar dentro de nosotros enriquece y expresa nuestro ser. Hay un sueño de unión que nos hace fantasear estar unido a los demás sin tener ya diferencias. Mas eso no es posible. Siempre mantenemos nuestra peculiaridad y hay una diferencia permanente entre el yo y el no yo. Esta realidad compleja del yo compuesto por un núcleo central en interacción con los demás constituye la tarea nada fácil de administrar una identidad saludable. De alguna forma siempre permanece una posibilidad de

elección y de autonomía. La identidad está comprometida si se nos quita la autonomía y la libertad.

Ausubel habla de valorización extrínseca y valorización intrínseca. Eso tiene que ver con la identidad. Valorización extrínseca es aquella que depende demasiado de lo externo: de la familia, de la opinión de los otros, de la autoimagen, de lo que piensan, de lo que esperan de nosotros... La persona gasta su energía a partir de expectativas externas. Eso produce una débil identidad porque no consigue dar seguridad, autoestima verdadera.

La valorización intrínseca está basada en el sentimiento y en la realidad de que somos importantes por el hecho de ser lo que somos. Somos amados y aceptados tal como somos. Las acciones derivadas de lo interno a lo externo y de lo externo a lo interno fortifican la individualidad, la diferencia, y fortifican el yo. Eso produce una buena identidad. Si eso está garantizado, con todas las realidades externas cambiadas, permanece una certeza de unidad interior que garantiza la no desestructuración. Quien depende demasiado de la valoración extrínseca desarrolla un yo débil y su identidad es un tanto confusa; quien tiene buena autoestima y fuerte sentimiento y experiencia de ser amado, fortifica su yo y su buena identidad está garantizada.

Erickson y la identidad

Eric Erikson comprende las etapas de desarrollo según tensiones entre lo positivo y lo negativo, en un lenguaje de conflictos. En sus libros, especialmente "Identidad, juventud y crisis" estas etapas son bien desarrolladas, lo cual dispensa el su desarrollo aquí, inclusive porque está más allá de este tema. Es una teoría psicosocial. Él coloca la identidad como en la quinta etapa, precedida por: 1) la confianza x desconfianza; 2) autonomía x vergüenza y duda; 3) iniciativa x culpa; 4) industria x inferioridad. 5) identidad x confusión de papel. Para llegar a la identidad es preciso tener bastante superadas las etapas anteriores.

Una buena identidad puede ser caracterizada, entre otras, por las siguientes características: estar satisfecho consigo mismo (tener integrada su vida pasada y su contexto); estar satisfecho con su identidad de género e integrarse a partir de esta identidad con el grupo y con la cultura; poder asociarse a las instituciones y grupos y tener éxito en ello, lo que significa asumir otros aspectos de instituciones como fortalecimiento de su yo; haber hecho experiencias de varias formas de trabajo y haber tenido éxito;

poder comprometerse con una causa sin tantos desgastes afectivos; tener unificada su vida según su edad y realidad.

Las otras etapas dependen del estado de esta identidad: 6) intimidad x aislamiento; 7) generatividad x estancamiento; 8) integración del yo x desespero.

Una observación final sobre estos conflictos y la formación: De forma idealizada, se espera que se inicie el postulado teniendo bastante resueltas las cuatro primeras etapas y reservar al postulado la gran tarea de adquirir una buena identidad. Al noviciado compete la gran experiencia de la intimidad con Dios, con la institución, con el grupo. "Quien no se posee no puede entregarse". Al tiempo de vida apostólica, corresponde la etapa de la generatividad, y reservamos la integración del yo a la fase de la tercera edad, cuando ya no hay tantas condiciones de un apostolado más activo. Estas etapas son dialécticas, siempre están interactuando entre sí y nunca aisladamente.

Identidad Narrativa

"Largo es el camino para el hombre que 'actúa y sufre' hasta el reconocimiento de aquello que él es en verdad, un hombre 'capaz' de ciertas realizaciones. Ese reconocimiento de sí, requiere aún en cada etapa, la ayuda de otros, cuando falta ese reconocimiento mutuo, plenamente recíproco, que hará de uno de los socios un ser reconocido. EL reconocimiento de sí permanecerá en lo apenas inacabado, mas permanecerá en la verdad, el reconocimiento mutuo; pero además de eso, mutilado, en razón de la asimetría persistente de la relación con otros construida según el modelo de la ayuda, mas también del impedimento real".¹

1. Identidad y diferencia

La persona existe bajo el régimen de una vida que se desarrolla desde el nacimiento hasta la muerte. La concatenación de una vida es un problema de la identidad. Con el término *identidad* podemos comprender dos cosas diferentes: la permanencia de una sustancia inmutable que el tiempo no muda. Es la mismidad. Yo soy el mismo desde mi concepción hasta el presente momento. Puedo decir que soy el mismo, y la edad es uno de los 'testimonios' más objetivos de la continuidad y de la mismidad. Pero hay otro modelo que acentúa la mutabilidad que se introduce con la

¹ RICOEUR, Paul. *Parcours de la Reconnaissance*, p. 119.

realidad y las opciones e ideales. Se mantiene un yo, no obstante las vicisitudes del corazón. Es la ipseidad². La identidad ídem es la mismidad y la identidad ipse es la ipseidad. La permanencia en el tiempo es el punto de unión entre estas dos identidades. La construcción del sujeto precisa administrar lo que permanece y lo que cambia. La vida ordinaria se mueve en esta casi correspondencia total entre ipseidad y mismidad, y también su casi total disociación. Cuando esta distancia es demasiado grande ocasiona las crisis de identidad. Al mismo tiempo, dependiendo de hechos importantes de la mismidad, sobre todo los que nos remiten a un pasado distante y lleno de sufrimientos y desamor; una nueva identidad se construye con rupturas del distanciamiento entre estas dos identidades, para construir un sujeto maduro, superando aspectos de la mismidad y fortaleciendo la ipseidad, o sea, las experiencias que se presentan sobre una base diaria. En otras palabras, cuando la mismidad está cargada de experiencias sufridas y dolorosas, la persona aplica mucha energía alrededor de su pasado, su dimensión arqueológica y no puede crecer para la madurez, autonomía y libertad. Pasando del olvido a la memoria de este pasado, comprendiendo la complejidad involucrada en esta mismidad, es posible un proceso de reconciliación y de pacificación. De esta pacificación resulta una disposición de energía para otras metas. Es en este momento cuando la identidad ipse puede proponer contenidos y procesos que estimulen la identidad como un todo, dándole nuevas características significativas. Por eso, la escogencia de los contenidos de la identidad ipse puede reconfigurar una identidad saludable para poder reforzar la fragilidad de la identidad ídem. En este sentido, conviene resaltar la escogencia de contenidos y procesos significativos y en consonancia con las opciones centrales de vida. Una integración de la identidad ídem con datos significativos de la identidad ipse puede incluso distanciarse bastante de las experiencias originales, pero puede también garantizar una saludable identidad. Lo contrario puede acontecer también, o sea, que los datos y las experiencias de la identidad ipse desconfiguren tanto la unidad del yo que el resultado sea una fragmentación de la identidad y del sentido de la vida.

Estos dos aspectos o identidades nos introducen en la identidad narrativa. La estima de sí corresponde al concepto de *identidad narrativa*, es decir, la cohesión de una persona en la concatenación de una vida humana. La persona se designa a sí misma en el tiempo como unidad narrativa de una vida, vida que refleja la dialéctica de cohesión y dispersión de este entrelazamiento. La solicitud tiene su correspondiente narrativo en la propia constitución de la identidad narrativa. La identidad narrativa integra la dispersión, la alteridad. Cada historia de vida se

² Cf. Ricoeur, *La Persona*, p. 65.

reencuentra involucrada en todas las historias de vida con las cuales cada uno está conviviendo. Mi historia es como un segmento de la historia de otras vidas humanas, incluyendo los padres, los amigos, aun los adversarios.

Es una especie de filigrana, un entrelazado de hechos, de experiencias, de ideales. **Nosotros nos reconocemos mediante historias ficticias de los personajes históricos, de las leyendas o de los romances³. La identidad narrativa vale tanto para las instituciones como para las personas consideradas individualmente o en interacción.** Las vidas humanas se tornan más legibles cuando son interpretadas en función de las historias que las personas cuentan a su respecto. Estas 'historias de la vida' se vuelven más inteligibles cuando se les aplican modelos narrativos – las intrigas– extraídas de la historia y de la ficción (drama o romance). La autobiografía retrata una cadena de datos: el conocimiento de sí propio es una interpretación; esta interpretación encuentra en la narrativa una mediación privilegiada de signos y símbolos; la narrativa se sirve tanto de la historia como de la ficción, haciendo de la historia de una vida una ficción histórica comparable a las biografías de los grandes hombres en que se mezcla la historia y la ficción. Es importante también considerar que la interpretación siempre refleje la etapa de madurez y de elaboración del momento presente de una persona. La interpretación histórica tiende a relativizar ciertos aspectos subjetivos. El acto de contar parece ser la clave del tipo de conexión que evocamos cuando hablamos de la conexión de una vida. **La narrativa construye el carácter durable de un personaje, su identidad narrativa.**

El hombre capaz: capaz de hablar – capaz de actuar – capaz de narrarse – capaz de imputarse sus acciones

La conciencia del hombre capaz revela una comprensión antropológica bastante completa. En los contenidos de este ítem podemos incluir prácticamente todas las características del sujeto. Tal vez sea este uno de los hilos conductores constantes en la filosofía de Paul Ricoeur. Para tal, al menos podemos explicitar algún contenido emergente de este hombre capaz⁴. Tratase de la reflexión que el sujeto hace de sí mismo. La reflexión sobre sus capacidades que nos dan acceso al hombre capaz. “La serie de figuras más notables del ‘yo puedo’ constituye a mis ojos la espina dorsal de un análisis reflexivo, en el cual el ‘yo puedo’, considerado en la variedad de sus usos, daría mayor amplitud a la Idea de acción que fue primeramente tematizada por los griegos”⁵.

³ Cf Ricoeur, *La Persona*, p 68

⁴ Para este tema me serví del texto del propio Ricoeur, explicitado en: *Parcours de la Reconnaissance*.

⁵ Ricoeur, *Percurso de Reconhecimento*, p 107.

• **Poder decir, capaz de hablar:** Los sujetos que actúan y sufren son sujetos hablantes. Hablan sobre su acción. En la historia, los héroes y otros personajes se nombran cuando se hacen reconocer, se interpretan a sí mismos. Hablar es hacer cosas con palabras. No es tanto el 'qué' sino el 'quién habla'. Los pronombres personales, los adverbios de tiempo y de lugar, las formas verbales, las descripciones definidas son los medios ordinarios de designación de los cuales depende la autodesignación del sujeto hablante. Esta autodesignación del sujeto hablante se produce en situaciones de interlocución en las cuales entra la alteridad. La palabra pronunciada por una persona es dirigida a otra. Puede también responder a una interpelación venida de otro. La estructura pregunta-respuesta constituye la estructura básica del discurso en cuanto implica locutor e interlocutor. Aquí entra toda una complejidad relativa a la objetividad de la comunicación y la correspondiente comprensión del comunicado. La traducción siempre es aproximativa de la realidad interior y de la comprensión del mundo exterior, sea ella la realidad material, humana, el trascendente.

• **Yo puedo hacer, soy capaz de actuar:** Es la capacidad de hacer ocurrir acontecimientos en el ambiente físico y social del sujeto que actúa. El sujeto se reconoce como siendo la causa: "fui yo quien hice". Es que se hace ocurrir intencionalmente sobre los acontecimientos que simplemente ocurren. 'Un hombre que sabe cómo hacer las cosas tiene un conocimiento práctico de eso' (M. Ascombe). La atribución de una acción es la 'adscripción' que hace parte del sentido de la acción intencional. El reconocimiento, desarrollo y valorización del actuar depende del sujeto y del reconocimiento y estímulo social.

• **Poder narrar y narrarse, ser capaz de narrarse:** La tercera posición de la fenomenología del hombre capaz es la problemática de la identidad personal ligada al acto de narrar. En 'narrarse', la identidad personal se proyecta como identidad narrativa. La persona puede narrarse, y lo mismo se puede decir del personaje. Aprender a narrarse es aprender a narrarse a sí mismo de otro modo, de una variedad de modos, los cuales van a depender de la autocomprensión, del proceso de crecimiento y del grado de la autoestima. La objetividad de este 'narrarse' incluye una madurez proporcional a la edad y a la condición social. Poder narrarse de otro modo tiene gran conexión con la identidad personal. La *identidad narrativa* pone el problema y también la solución. **La identidad personal incluye la identidad inmutable del ídem, del mismo y la identidad móvil del ipse, del sí, considerada en su condición histórica.** La capacidad de narrarse así como la voluntad de narrarse dependen de las oportunidades, de los contextos y de la garantía de ser preservada la autoestima y autoimagen.

• **La imputabilidad, ser capaz de imputarse sus acciones:** Las preguntas 'quién habla', 'quién actúa', 'quién narra' se completan con '¿quién es capaz de imputar?' La imputabilidad sugiere la idea de una responsabilidad que hace al sujeto responsable por sus actos, al punto de poder imputárselos a sí mismo. Significa tener el poder de asumir las consecuencias de los propios actos, especialmente aquellos que son considerados un daño, un error, del cual otro es considerado víctima. También pueden incluir elogios, reconocimiento, perdón... Es considerado imputable el sujeto puesto en la obligación de reparar los daños y de sufrir la pena. Una persona es ese sujeto cuyas acciones son susceptibles de imputación. El problema es el que no es susceptible de imputación alguna.

En este ítem se podría incluir de alguna forma la moral y la ética. Ética y moral remiten a la idea intuitiva de costumbres, con la doble connotación sobre lo que es tenido como bueno y de lo que se impone como obligatorio. La Ética se refiere más a las perspectivas de una vida concluida, y la moral a la articulación de esa perspectiva en normas caracterizadas al mismo tiempo por la pretensión a la universalidad y un efecto de constreñimiento. La ética está más centralizada en la estima de sí y la moral más en el respeto de sí. Ricoeur resume su 'pequeña ética' en la 'perspectiva de la vida buena con y para los otros en instituciones justas'⁶.

⁶ Esta pequeña ética está mejor explicitada en **Ricoeur, Paul**. *Soi-même comme un autre*, Éditions de Seuil, 1990. El lector está convidado a consultar esta obra para una comprensión más exhaustiva da la identidad.